

Mann y Marcel Proust/ Baudelaire, Neruda, Kavafis, Darío y Barba Jacob/ Villon, Brecht, Rilke y Federico García Lorca/ Jean-Paul Sartre, Musil y Kafka/ Leonardo da Vinci, Miguel Ángel y Rafael/ Rembrandt, Van Gogh y Pablo Picasso sus compañeros de viaje por el mundo/ sus interlocutores totales/ las voces de la Especie antiguas como Homero/ Sófocles y su Edipo/ Esquilo y su Orestes Nietzsche y su Zarathustra/ Freud y sus sueños/ Marx radical con su ironía.

Y de la galería nacen o un principio o una postura o una actitud ante la existencia, que serán las que han hecho de este poeta el hombre que es —o del niño el poeta—, y aquello que no fue o dejara de ser:

Esos amigos despertaban la nobleza que había en él su experiencia quijotesca y su risa cervantina.

Otros poemas hablan de otras historias, pero ocurridas a un mismo personaje o a una misma mente, a un mismo tipo de ser humano y de poeta que padece la vida y sus contradicciones, su negación o absurdo.

El libro es como un censo de vivencias, aunque puede también significar en la historia, el recuerdo o el recuento, una toma de postura delante de su obra y universo anteriores, incluida la manera de componer a redactar. Podría ser un punto crítico y un quiebre; no sabríamos si el final de algo o el comienzo también de algo y de alguien.

JAIME GARCÍA MAFFLA

Renovación interior: Libros y otros delirios

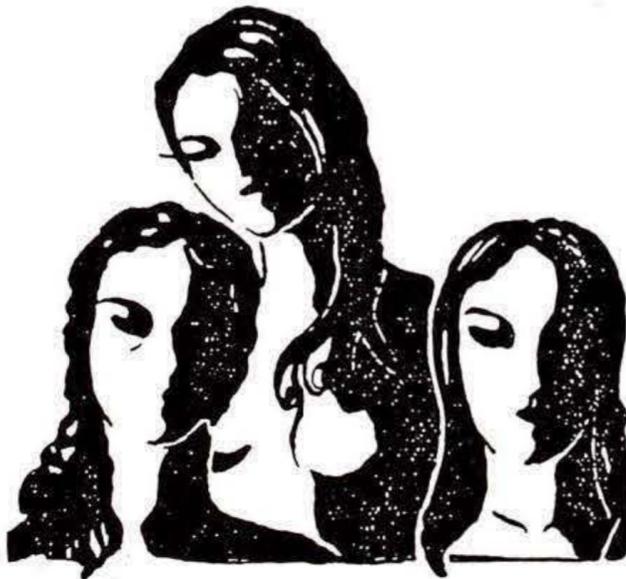
Historia baladesca de un poeta

Eduardo Gómez

Universidad Nacional, Bogotá, 1988

En la labor poética actual, en nuestro país, hay un "valor", para emplear el

término apropiado en la filosofía moral de Nietzsche o de Scheler, que resulta excepcional y, por lo mismo, inapreciable: es la autenticidad. Es el que he hallado en los varios libros de poemas escritos por Eduardo Gómez: primero en su *Restauración de la palabra* (1969) —su volumen inicial, magnífico y después en *El continente de los muertos* (1975), en *Movimientos sinfónicos* (1980) y en su reunión de poemas escogidos, *Poesía, 1969-1985*. En el libro que acaba de aparecer, *Historia baladesca de un poeta* (1988), publicado por la Universidad Nacional de Colombia, ese rasgo de sinceridad y autenticidad surge desde los primeros versos. No se trata, como es claro, de buscar y hallar la poesía en una sola vertiente, pues esa autenticidad de raíz puede hallarse en temperamentos líricos tan dispares como el de Jaime Jaramillo Escobar, en María Mercedes Carranza, o en José Manuel Crespo; y es la nota subterránea, tan invisible y parca pero tan real, que se echa de menos en poetas que, por tratar de ser originales o de situarse en un supuesto plano de avanzada, derivan hacia un lirismo que busca primordialmente el desconcierto del lector.



El nuevo libro de Eduardo Gómez muestra una renovación interior muy honda y también, por consiguiente, una renovación en el estilo y en la línea poética. Sigue siendo un poeta en busca de nuevos hallazgos líricos, de nuevas formas de expresión, de estrictos vocablos que traduzcan fielmente su intención poética, el mundo, o los diversos mundos, que el poeta quiere transmitir.

Este volumen trae, ante todo, un poema capital, en torno del cual

giran los otros treinta que constituyen el nuevo poemario. Es el titulado, como el libro mismo *Historia baladesca de un poeta*. Balada a la manera medieval, historia de un testimonio, instantes rescatables de una prolongada emoción lírica... todo ello, pero también visión íntima de la propia vida, del pasado, de lo vivido y lo soñado. Es, desde luego, una prolongada confesión, personalísima, con instantes de angustia y de desgarramiento interior, con hermosas alusiones al mundo secreto de la infancia, la búsqueda de respuestas que siempre se escapan, en la maraña de los días, ideales y decepciones en el doble universo del pensamiento y la emoción y, más allá, el tema obsesivo de la muerte vislumbrada en la ciudad nocturna. La confesión le lleva también a su indagación por el cerrado mundo de la lírica y, más allá, a "las noches agobiantes de una Colombia hinchada por el hedor de cadáveres en campos y ciudades". El verso libre, pero estricto, ceñido a la significación recóndita, va pasando así de la reminiscencia a la actualidad, y del recuerdo teñido de nostalgia a las formas más desnudas de los actos del hombre.

Hay zonas de este poema que deben ser citadas:

Para él todavía no existía la historia/ sino la madre presidiendo un mundo amable y protector/ cuando la gran casa de flores cerrada como un convento/ se tornó mezquina para el mundo de sus sueños/ y los niños delicados y las palomas y los juegos/ dejaron de ser amigos para tornarse siervos./

Los cuentos de hadas les dieron fuerza para crecer con alas/ y en la penumbra de los bosques donde los pájaros invitan/ conoció la incitación del enigma y la búsqueda/ y los ríos le hablaron de sus primeros viajes./

Cuando murió el padre se consoló de esa traición/ contemplando los cementerios a la luz de la luna/ y envidiando los supuestos ensueños de los muertos./ Se convirtió en centro exclusivo de las caricias de la madre/ y al saturarse de sus mimos de leona

irritada/ huyó a los rincones y compartió la embriaguez de la vergüenza/ traicionando apasionado aquel tedio severo/ con el placer solitario que encendía hogueras nocturnas/ —a los pies de Jesús-María y sus santos cortesanos—/ y que avivó para el resto las brasas de su infierno/ y le dejó por siempre la demoníaca santidad de los estigmas.



Me parece que el mismo poema decae cuando el autor entra a enumerar, con demasiado detalle y nombres propios, a sus compañeros de viaje por el mundo, sus interlocutores totales, como lo expresa el verso. Pero el poema se mantiene, en su singular alcance, en su sobriedad, en la eficacia de la palabra, ahora otra vez "restaurada" —para aludir a la expresión de su primer volumen: *Restauración de la palabra*—. Aquí, en el nuevo libro, hallamos la palabra otra vez restaurada, porque el poeta necesita nuevos vocablos, una música más secreta, nuevos signos para expresar y transmitir la renovada experiencia lírica. La sensibilidad va cambiando, como la piel, como el organismo entero, y otro tanto debe hacer, forzosamente, la poesía que pretende decir la nueva realidad del hombre.

Hay otros poemas y momentos que deben ser puestos de relieve, como el *Lamento por la muerte de algunos dioses*, las estrofas dedicadas a Barba-Jacob, el monólogo desarraigado y el soliloquio del poeta maldito, la balada de la utopía y el poema dedicado al

bosque de la infancia, donde se puede leer:

aquí jugaron los niños a la vida y la muerte/ y después la vida y la muerte jugaron con su suerte.

En fin, hay que leer el nuevo libro con recogimiento y asombro.

ANDRÉS HOLGUÍN

La inocencia del poeta genuino

Retratos, Amanecer en el valle del Sinú, Del amor

Raúl Gómez Jattin

Fundación Simón y Lola Guberek, Bogotá, 1988

En un "Tríptico cereteano" formado por *Retratos* (1980-1983), *Amanecer en el valle del Sinú* (1983-1986), *Del amor* (1986-1988), son reunidos los versos del poeta Raúl Gómez Jattin. Un acierto de la Fundación Simón y Lola Guberek haber rescatado estos textos marginales. Poesía largamente esperada, limpia, intensa, pasional, oxigenada. Un espacio que ventila y da un respiro, como una bocanada de aire limpio, a la nueva poesía colombiana. Poesía dicha con todo, en una merienda del cerebro, el corazón, el sexo: "¿De profesión? Loco/ ¿De formación? Angel/ ¿De fornicación? Lento". Poesía encarnada que no admite el juego retórico, que dice lo que es, la verdad, y además otra cosa. Poesía maldita, de confesión y purificación, dicha con humildad, con desenfado. "La poesía es la única compañera/ acostúmbrate a sus cuchillos/ que es la única". Poesía de soledad, sedimentada en el dolor y la desesperación: "Ya para qué seguir siendo árbol". Poesía libre, de agua, elemental, silvestre, densa. Poesía pasional, infantil, sublime. "...y sin un solo gemido/ se fue a galopar/ a las praderas del cielo". Poesía joven, para jóvenes. Poesía esencial, lírica que en su totalidad se llena de una engañosa y mágica sencillez. "Intemperie y sole-

dad/ faltan en tu vida amigo de mi alma/ lo lamento De verdad lo lamento". Poesía no para poetas sino para el hombre, para nosotros, para todos.

En estos poemas, Raúl Gómez logra reunir la meditación y la inocencia del poeta genuino. La libertad como el viento logran en esta poesía brillar con luz propia: "Si el aire y la luz solar entraron en mis versos fue por tu culpa". En estos poemas el autor parece hablarnos y contarnos de sí en una confesión despojada, aguda y tierna. "Despreciable y peligroso/ Eso ha hecho de mí la poesía y el amor". En Raúl Gómez la necesidad de alegría y de amor no es una mistificación más de su soledad, sino una necesidad vital, y su exigencia choca no contra una ficción sino contra un mundo real: "Señores habitantes/ tranquilos/ que sólo a mí/ suelo hacer daño".

Poesía bucólica salida de un hombre que se consume en un pueblo del Caribe, encerrado en las mismas calles, perdido en las mismas caras conocidas, que descubre de pronto en sí mismo lo que corresponde a lo infinito en la naturaleza: la sexualidad o la locura: "Antes de devorarlo su entraña pensativa/ Antes de ofenderlo de gesto y de palabra/ Antes de derribarlo/ Valorad al loco". Este dominio inmenso, bestial y natural a la vez, recuerdan en el poeta las emociones de plenitud de su infancia. Y en este sentido, la posesión carnal representa para él el éxtasis de la participación: "Gran culeador del universo todo culeado/ Recordando a Walt Whitman". Homosexual de retórica bíblica como el mismo Whitman, panteísta, poeta. "La gran metafísica es el amor/ creador de amistad y arte/ Eso no me preparó para someter a la mujer/ sino para andar con un amigo".

Los pensamientos en su poesía son bruscos y de golpe, relacionándolos con las intuiciones precedentes hasta encontrar de nuevo una continuidad. "Madre yo te perdono el haberme traído al mundo/ Aunque el mundo no me reconcilie contigo". Poesía de sufrimiento antes que nada, Cesare Pavese recuerda: "la ofensa más atroz que se le puede hacer a un hombre, es negarle que sufre". Raúl Gómez, es una "biografía" espiritual que sobre-